

Eventos

Reseña del seminario internacional

La Guerra Fría cultural en América Latina.

Actores, contextos históricos, perspectivas de investigación¹

Aplicar, retomando la eficaz expresión de Stonor Saunders², la categoría de “Guerra Fría cultural” al contexto latinoamericano, es una operación conceptual que presenta hoy muchos más desafíos que resultados consolidados. Si por tal concepto entendemos –para facilidad analítica– una compleja red de acciones, prácticas y estrategias comunicativas que en la esfera de la diplomacia cultural³ y en el marco cronológico de la Guerra Fría contribuyeron a la exportación del *American way of life* al subcontinente, el primer límite que encontramos es un escaso “sustrato bibliográfico”. Esta peculiar perspectiva de las relaciones interamericanas, que opta de modo conciente por un solo protagonista del choque de civilizaciones de la segunda posguerra, dejando de lado a la Unión Soviética⁴, no presenta un recorrido historiográfico similar a aquellos que fueron formulados para dar cuenta de otros aspectos de construcción hegemónica estadounidense en el “patio trasero”. Nada comparable, por ejemplo, con la producción científica alrededor de las intervenciones militares, las *covert actions* de los servicios de inteligencia, los préstamos financieros y los logros de la *business history* acerca de la presencia de conocidas empresas multinacionales como la United Fruit Company.

Una motivación clave para la organización de este encuentro internacional fue, entonces, defender la importancia de estudiar las políticas culturales norteamericanas y analizar sus formas de recepción y elaboración en América Latina. Por primera vez en Italia, jóvenes estudiosos imbuidos por las sugerencias teóricas y metodológicas de la crítica literaria⁵ o de la perspectiva analítica de los *cultural studies*⁶, se reunieron para discutir sobre esta variedad de estrategias comunicativas

1 Seminario Internazionale “La guerra fredda culturale in America Latina. Attori, contesti, prospettive di ricerca”, Università degli Studi di Bergamo, Bergamo, Italia, 21 de mayo de 2010.

2 Frances Stonor Saunders, *La CIA y la Guerra Fría cultural* (Barcelona: Debate, 2001).

3 Volker R. Berghahn, *America and the Intellectual Cold Wars in Europe: Shepard Stone between Philanthropy, Academy, and Diplomacy* (Princeton: Princeton University Press, 2001). Richard T. Arndt, *The First Resort of Kings. American Cultural Diplomacy in the Twentieth Century* (Washington DC: Potomac Books, 2005). Robert F. Arnove, *Philanthropy and Cultural Imperialism* (Boston, MA: G.K. Hall, 1980). Nicholas J. Cull, *The Cold War and the United States Information Agency. American Propaganda and Cultural Diplomacy, 1945-1989* (New York: Cambridge University Press, 2008). José Antonio Montero Jiménez, “Diplomacia pública, debate político e historiografía en la política exterior de los Estados Unidos (1938-2008)”, *Revista Ayer* 75, III, (2009).

4 Cole Blasier, *The Giant's Rival: The USSR and Latin America* (Pittsburgh: Pittsburgh University Press, 1988).

5 Jean Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada: La literatura latinoamericana durante la Guerra Fría*, (Barcelona: Debate, 2003). Un estudio más específico pero igualmente llamativo es el de María Eugenia Mudrovic, *Mundo Nuevo: Cultura y Guerra fría en la década del 60* (Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 1997).

6 Emblemático al respecto es el texto Gilbert M. Joseph, Catherine LeGrand y Ricardo Salvatore (coordinadores), *Close Encounters of Empire: Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations* (Durham and London: Duke University Press, 1998).

—en palabras de Ricardo Salvatore “ni epifenoménicas ni superestructurales”— que dieron “sustancia y justificación racional al imperio informal estadounidense”⁷ y se vincularon fuertemente a la ya mencionada penetración en el subcontinente. ¿Cuándo empezó la guerra fría cultural en América Latina? ¿Qué peculiaridades tuvo como fenómeno transnacional y específicamente latinoamericano? ¿Su análisis confirma o pone en tela de juicio esquemas interpretativos y categorías fijadas, por ejemplo, para el caso europeo? ¿Qué aporte, entonces, puede brindar el estudio del caso latinoamericano al debate general? ¿Cuáles son las posibles interacciones entre los casos nacionales y una mirada más amplia de la región? ¿Qué aportan estos estudios a la comprensión de los procesos sociales de producción, circulación y reapropiación de productos culturales? Estas son algunas de las preguntas que guiaron el encuentro.

La primera sesión, titulada “Una perspectiva general”, se centró en la definición del objeto de estudio y la identificación de acontecimientos periodizantes desde una perspectiva continental. Comenzó Fabio Rodríguez Amaya, artista colombiano de fama internacional, estudioso y docente de literatura hispanoamericana en la Universidad de Bergamo, con un testimonio personal de lo que significó vivir, en la Bogotá de los años cincuenta y sesenta, una Guerra Fría “que no era tan fría” sino invasiva, planificada, y sólo aparentemente inocua como pretendían mostrar los cartoons de Walt Disney y otras formas artísticas dirigidas a niños y adultos.⁸ Era, por el contrario, una guerra marcada por acontecimientos traumáticos como la visita de Rockefeller en 1969 a una capital totalmente militarizada y con miles de manifestantes que, con piedras en la mano, demostraron su abierta hostilidad al *American way of life* y a la retórica de la “solidaridad hemisférica”.

Por su parte, Raffaele Nocera (Profesor de Historia en la Universidad de Nápoles “L’Orientale”), propuso una periodización global de las relaciones político-diplomáticas en las Américas luego del segundo conflicto mundial. El “peligro rojo”, utilizado por el Departamento de Estado como justificación constante para la intervención, tuvo momentos de intensidad variable en la medida en que un gobierno se comprometía a mitigar las injusticias sociales a través de programas progresistas, o un movimiento de liberación nacional planeaba acontecimientos revolucionarios. Dependiendo de la situación y la importancia de cada país en relación al contexto internacional, las contramedidas adoptadas incluyeron campañas de información o contrainformación, programas de contrainsurrección, chantajes económicos, estados de “guerra subliminal”, ayudas a los regímenes “feles”, expediciones navales intimidatorias y, como último recurso, el apoyo a insurrecciones armadas e intervenciones militares directas. A grandes rasgos, se podría evidenciar cuatro fases en este recorrido: a) desde 1947-1948 hasta el golpe en Guatemala de 1954, donde se destaca la creación de la Organización de los Estados Americanos en la IX Conferencia Panamericana reunida en Bogotá; b) entre 1959 y 1962, etapa marcada por la revolución y las dos crisis cubanas; c) desde el golpe de 1964 en Brasil y la sucesión de gobiernos militares autoritarios

7 Ricardo Salvatore, *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina* (Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 2006), 12-13.

8 Dos textos clásicos de deconstrucción y crítica al mensaje de Disney son: Ariel Dorfman y Armand Mattelart, *Para leer al pato Donald: Comunicación de masa y colonialismo* (México: Siglo XXI, 1972); y Ariel Dorfman, *Patos, Elefantes y Heroes: La Infancia Como Subdesarrollo* (Madrid: Siglo XXI, 1985). Muy llamativa al respecto es también la lectura propuesta por el capítulo “Matándolos dulcemente: la guerra fría y la cultura”, en J. Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*. No estrictamente relacionadas al caso Disney, pero sí a la industria cultural de Hollywood, están las reflexiones de Victoria De Grazia, *Irresistible Empire: America's Advance through Twentieth-Century Europe* (Cambridge: Belknap Press of Harvard University Press, 2005), 284-336.

que le siguieron hasta la década de los ochenta: d) desde el inicio de la primera administración estadounidense presidida por Ronald Reagan (1981-1985) con el recrudecimiento de políticas agresivas en la contención de la “amenaza comunista” hasta el término de la Guerra Fría.

A continuación, la reflexión de Eduardo Rey Tristán (Profesor Contratado de la Universidad de Santiago de Compostela, fundador del Centro Interdisciplinario de Estudios Americanistas “Gumersindo Busto”) se situó en el desafiante campo de las hipótesis, creando un contrapunto con la exposición anterior y entrando directamente en el corazón del seminario. Sin proponerse trazar un panorama completo de los estudios de la “Guerra Fría cultural” en América Latina, el autor presentó un balance de lo ya avanzado y propuso caminos para profundizarlo. Reivindicó autonomía y dignidad científica para una temática que hasta hace poco era sólo “un elemento más a considerar” en la comprensión de dinámicas políticas, ideológicas, económicas, militares o financieras. En este sentido, es muy reciente la producción científica sobre los países europeos, que se centra en actores específicos como las grandes fundaciones culturales⁹. Como ha señalado Joseph¹⁰, la primacía de los paradigmas del imperialismo y el dependentismo marginaron la dimensión cultural en el estudio de las relaciones interamericanas, produciendo interpretaciones dicotómicas que le asignaban un lugar subsidiario.

Al contextualizar en América Latina un concepto que como sucede con el de Guerra Fría fue creado en y para otro ámbito geográfico, Rey propone dos cuestiones que resultan clave. La primera es la necesidad de una periodización original que no siempre coincide con los mojones de la historia política. En este sentido, la revolución cubana no marcaría el verdadero comienzo de la Guerra Fría en América Latina¹¹; ni siquiera el antecedente guatemalteco sería suficiente en términos de profundidad temporal y menos aun al privilegiar la dimensión cultural. Detrás de esta afirmación está la convicción de que lo que se dio en el continente no fue “simplemente el traslado ... de la lógica, esquemas y fórmulas de aquel conflicto”, sino “una expresión radical de conflictos o diferencias ... basadas en concepciones que ya estaban latentes o habían sido protagonistas tiempo atrás”, como el panamericanismo, el intervencionismo, el nacionalismo y el antiimperialismo. La Guerra Fría aparece, entonces, como “una excusa para continuar una política intervencionista ya vieja”, una “expresión renovada” de un conflicto que la precedió pero que “de alguna forma ha sobrevivido”, un momento álgido de las relaciones interamericanas pero no una real discontinuidad de las mismas.

La segunda cuestión que planteó Rey tiene que ver estrictamente con la dimensión cultural: ¿Hasta qué punto fue parte del conflicto internacional? ¿La “Guerra Fría cultural” en América Latina tuvo características comparables a la del Viejo Mundo? La presencia de instituciones

9 Por ejemplo: Giuliana Gemelli, *The Ford Foundation and Europe, 1950s-1970s: Cross-Fertilization of Learning in Social Science and Management* (Brussels: European Interuniversity Press, 1998) y *From imitation to competitive-cooperation: Ford Foundation and Management Education in Western Europe (1950s-1970s)* (Firenze: European University Institute, 1997); Peter Coleman, *The Liberal Conspiracy. The Congress for Cultural Freedom and the Struggle for the Mind of Postwar Europe* (New York: The Free Press, 1989).

10 Gilbert M. Joseph, “Encuentros cercanos. Hacia una nueva historia cultural de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina”, en Ricardo Salvatore (coordinador), *Culturas imperiales. Experiencia y representación en América, Asia y África* (Rosario: Beatriz Viterbo editora, 2005).

11 Raymond Carr, “América Latina”, en Max Beloff y otros, *La Guerra Fría* (Buenos Aires: Ediciones Troquel, 1966). Jorge Castañeda, “Latin America and the End of the Cold War: An Essay in Frustration”, en Geir Lundestad y Odd Arne Westad, *Beyond the Cold War: New Dimensions in International Relations* (Oslo: Scandinavian University Press, 1993).

como el Congreso por la Libertad de la Cultura, fundaciones privadas norteamericanas, la actividad de la USIA (United States Information Agency) y otros ejemplos llevarían a una respuesta positiva. Esto implicaría superar los compartimentos estancos que “con demasiada frecuencia impiden la riqueza del diálogo y la comparación” entre Europa y América Latina y la “incorporación de los respectivos debates a las perspectivas teóricas, metodológicas y epistemológicas que en realidad son comunes”. Sin embargo, enfatizar afinidades no significa ignorar las peculiaridades latinoamericanas que, como se ha señalado, se sitúan en un eje temporal previo a la Guerra Fría en sentido estricto y remiten a la diplomacia cultural norteamericana sobre todo durante la década de los treinta y cuarenta, o incluso antes, como sugiere Antonio Niño.¹²

La proyección al término de esta exposición del cartoon de Disney *Saludos, amigos* (1942) no fue pensada sólo como una pausa sino que buscó materializar la “retórica de buena vecindad interhemisférica” que, a través de la oficina de Nelson Rockefeller, Hollywood supo utilizar hábilmente para “sacar partido de las diferencias entre el fogoso latino y el norteamericano”.¹³ Luego de este corte, la primera sesión se cerró con la ponencia de Ernesto Capello (Profesor Asistente de historia latinoamericana en Macalester College) basada en documentación de la Fundación Rockefeller en Sleepy Hollow (Estados Unidos). La presentación forma parte de un estudio más amplio que pretende reexaminar la “respuesta latinoamericana” a la misión de Rockefeller por veinte países latinoamericanos en 1969. El entonces gobernador de Nueva York había lanzado la idea de escuchar a sus colegas del sur con la esperanza de crear una nueva política exterior para la administración Nixon y reemplazar la Alianza para el Progreso. Desde el punto de vista diplomático, el viaje fue considerado un fracaso debido a las múltiples manifestaciones antiamericanas, la hostilidad hacia Rockefeller como figura simbólica y el impresionante control policial y ejercicio de violencia ritual que anunció el terror que envolvería la región en años posteriores. Sin embargo, la visita originó una consistente correspondencia proveniente de los sectores medios latinoamericanos, cuya matriz, conforme la sensibilidad del historiador, se encuentra en un recorrido de muy larga duración en el subcontinente, integrándose a un esquema clientelar que presenta múltiples ejemplos en el período colonial¹⁴ y se reactualiza en el siglo XX, con rasgos específicos durante los populismos brasileño y argentino¹⁵. Estas súplicas, que no se limitaban a pedir favores sino que mencionaban posibles formas de contención cotidiana de la amenaza comunista, muestran que la retórica de la Guerra Fría y el panamericanismo se instalaron en el sentido común. Expresan la “cristalización de una conciencia hemisférica” y su decodificación permite rescatar, entre otros aspectos, la popularización de maniqueísmos típicos de la Guerra Fría.

La segunda sesión, llamada “Case studies”, brindó ejemplos concretos de “Guerra Fría cultural” en los países latinoamericanos. Quien escribe propuso una reflexión sobre el rol de las fundaciones estadounidenses en Chile y Argentina.¹⁶ Una investigación anterior basada en

12 Antonio Niño, “Uso y abuso de las relaciones culturales en la política internacional”, *Revista Ayer* 75, III (2009), 34.

13 J. Franco, *Decadencia y caída de la ciudad letrada*, 41.

14 Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru* (Berkeley, Los Angeles, London: University of California Press, 1995).

15 Eduardo Elena, “What the People Want: State Planning and Political Participation in Peronist Argentina, 1946-1955”, *Journal of Latin American Studies* 37 (2001), 81-108. Joel Wolfe, “Father of the poor or ‘Mother of the Rich’?: Getúlio Vargas, Industrial Workers, and Constructions of Class, Gender and Populism in Sao Paulo, 1930-1954”, *Radical History Review* 58 (1994), 80-111.

16 Fundación Ford, *40 años en la región andina y Cono Sur* (Santiago de Chile: Fundación Ford, 2003). Un artículo que resume la función de la Fundación en el campo internacional es Peter Bell, “The Ford Foundation

documentación inédita del archivo de la Fundación Ford en Nueva York había demostrado el activo papel de este gigante de la filantropía internacional en la acogida de académicos refugiados tras los golpes de 1973 y 1976¹⁷. En este caso, el objetivo fue recuperar nuevos elementos de comprensión del interés hacia el Cono Sur en el marco de un proceso global de exportación del *American way of life*. A partir de 1959, año de las primeras *exploratory missions* de la Ford en el subcontinente, emergen con claridad prioridades y motivaciones de atracción profunda hacia una región políticamente candente y objeto de una creciente inquietud del Departamento de Estado de los Estados Unidos. Llama la atención que ese mismo año se registrara un sensible incremento de los fondos gubernamentales y privados dedicados a los estudios latinoamericanos, mostrando, según señala el detallado estudio de M.T. Berger¹⁸ sobre la relación entre conocimiento y poder¹⁹, el paralelismo entre el desarrollo de ese campo y los momentos más críticos de la relación de Estados Unidos con su “patio trasero”. Otro conjunto de problemas tiene que ver, para la Ford, con la posibilidad de ser un “sujeto político” capaz de interactuar con los gobiernos locales, cuestión que adquiere inédita dramaticidad con los golpes militares en Chile y Argentina. Hasta entonces, el apoyo a las ciencias sociales y la intelectualidad latinoamericana respondía a criterios tecnocráticos inscritos en la Teoría de la Modernización.²⁰ Después, hasta el concepto de *intellectual freedom* se matiza, surgen problemas de carácter ético²¹ y la ecuación desarrollo-democracia parece cada día menos automática.

Las últimas dos presentaciones del seminario responden de manera indirecta a otra indicación de método propuesta por Eduardo Rey: intentar construir un análisis crítico sobre la Guerra Fría cultural también “desde la periferia, y no sólo desde una perspectiva centripeta”. La idea, por lo tanto, sería matizar el enfoque del imperialismo cultural, generalmente inclinado a estudiar las relaciones culturales desde los centros de poder y en muy menor medida a partir de quienes se tiende a presentar como receptores y meros protagonistas secundarios. Más desafiante y enriquecedor es valorizar cómo distintos países latinoamericanos reciben, elaboran y reaccionan frente a políticas culturales provenientes de Estados Unidos o las acogen en un territorio más o menos fértil según sus distintos recorridos históricos.

El caso de Puerto Rico, profundizado en la ponencia de Carlos Hernández-Hernández (Profesor de Historia del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad de Puerto Rico) es emblemático en ese sentido. En esta isla (“Estado Libre Asociado” desde 1952), en

as an International Actor”, *International Organization*, 25, (1971), 465-478.

17 Benedetta Calandra, *L'America della solidarietà, l'accoglienza dei rifugiati cileni e argentini negli Stati Uniti (1973-1983)* (Roma: Nuova Cultura, 2006), 55-91.

18 Mark T. Berger, *Under Northern Eyes: Latin American Studies and U.S. Hegemony in the Americas 1898-1990* (Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press, 1995).

19 Frederick Cooper, Allen F. Isaacman, Florencia Mallon, William Rosebery y Steve Stern, *Confronting Historical Paradigms: Peasants, Labor, and the Capitalist World System in Africa and Latin America* (Madison: University of Wisconsin Press, 1993).

20 Peter Seybold, “The Ford Foundation and the Triumph of Behavioralism in American Political Science”, en Robert F. Arnove, *Philanthropy and Cultural Imperialism* (Boston, MA: G.K. Hall, 1980), 260-304. Puede leerse algunas reflexiones que tangencialmente pero con agudeza tocan el tema de las relaciones entre apoyo extranjero a las ciencias sociales e intelectualidad latinoamericana en Aldo Marchesi, “Imaginación política del antiimperialismo: intelectuales y política en el Cono Sur a finales de los sesenta”, *ELAL, Estudios Interdisciplinarios América Latina y Caribe* 17:1 (2006), 13.

21 Jeffrey Puryear, “Higher Education, Development Assistance, and Repressive Regimes. Studies in Comparative Perspectiv and *International Development*, 17:2 (1982), 11-27.

concomitancia con las políticas de la Alianza para el Progreso y frente a las simpatías de la izquierda hacia la revolución liderada por Fidel Castro, Estados Unidos elaboró una estrategia peculiar. Tal como muestra Hernández, Washington empezó a divulgar en la prensa local –dirigida por exiliados cubanos– informaciones relacionadas con una política de sensacionalismo cultural que brindaba a las masas casos de avistamientos de objetos voladores no identificados (ovnis) y la presencia de animales exóticos no clasificados por la ciencia (la criptozoología).²² En esta sofisticada subjetividad de discursos, que promovía la movilización política en el terreno de la cultura de masas a través de la imaginación del miedo²³, el tema de los ovnis cobró fuerza en el imaginario nacional con la imagen monstruosa del extranjero-marxista. La producción de mitos e imágenes, como vampiros o extraterrestres, estimuló el entrecruzamiento entre ficción y realidad. La hipótesis de un complot creó una combinación de histeria y suspenso. La obsesión de los artífices de la Guerra Fría por generar una atmósfera de paranoia se valió del discurso científico que la modernidad les ofrecía en aras de presentar pruebas “empíricas de fotos y películas de ovnis”, que tuvieron finalmente el efecto de contener dinámicas de apoyo al ejemplo castrista e incluso su imitación directa.

Para concluir, Marina Franco (Docente de la Universidad Nacional de San Martín e investigadora del CONICET, Argentina) propuso un claro ejemplo de la articulación señalada por Joseph y Spenser entre la esfera nacional –e incluso diversas esferas locales dentro de un país– y el conflicto global.²⁴ Esa articulación muestra la presencia activa de ese contexto global como motor de acciones locales en el nivel simbólico y permite ver cómo muchas fuerzas políticas utilizaron esa conflictividad planetaria para sus necesidades internas. Franco busca demostrar que algunas construcciones ideológicas propias de la Guerra Fría en América Latina eran parte sustancial del lenguaje y las prácticas políticas de múltiples sectores sociales locales, especialmente actores políticos no militares. En el caso argentino, estas dimensiones del problema han sido subestimadas y desatendidas. Es hoy suficientemente conocido que, dentro del cuadro más amplio de la aplicación de la Doctrina de la Seguridad Nacional, las dictaduras militares de los años setenta reprimieron ferozmente toda ideología de izquierda, todo movimiento contestatario y, en particular, las guerrillas. Y todo esto fue hecho a partir de las teorías de contrainsurgencia del ejército estadounidense y en nombre de la defensa de Occidente frente a la “subversión marxista”. Sin embargo, no ha sido esclarecido todavía cuán profundamente arraigadas estaban esas estrategias en el país. Franco muestra que estas construcciones ideológicas de los actores militares –el anticomunismo, la “subversión marxista” y la represión en nombre de la patria agredida– estaban instaladas en el discurso y la práctica de diversos actores políticos del régimen democrático previo a la dictadura de 1976, es decir a partir de la mitad de los años sesenta y especialmente al interior del peronismo. Esas representaciones ideológicas, adaptadas al contexto nacional, fueron apropiadas por amplias franjas de la población, sirviendo, finalmente, para justificar y legitimar las prácticas represivas del terrorismo de Estado. Así lo evidencia la prensa periódica de 1974 y 1975, con declaraciones del presidente Perón²⁵ y de Isabel

22 Dax Toscano Segovia, “El imperialismo estadounidense contra América Latina”, *Rebelión.org*, 8 de agosto de 2004, 12. <<http://www3.rebellion.org/noticia.php?id=3066>>.

23 Pablo Santoro Domingo. “La deriva de la sospecha: conspiraciones, ovnis y riesgos”, *Nómadas. Revista Crítica de ciencias sociales y jurídicas* 9 (2004).

24 Gilbert Joseph y Daniela Spenser (coordinadores), *In from the Cold: Latin America's New Encounter with the Cold War* (Durham: Duke University Press, 2008).

25 Juan Domingo Perón, *La Opinión*, 23 de enero de 1974, 1, *Clarín*, 21 de enero de 1974, *Clarín*, 25 de enero de 1974.

Martínez de Perón, al igual que algunos documentos relativos a la Sociedad Rural Argentina²⁶ y hasta cartas enviadas en 1973 y 1976 al Ministerio del Interior por ciudadanos comunes desde diversos lugares del país²⁷.

Los resultados finales y más elaborados de todo el seminario –que ojalá represente sólo un primer intento de reflexión colectiva sobre estos temas– serán publicados en Italia este año; por sugerencias, comentarios y aclaraciones, quedan por el momento disponibles las versiones originales de las ponencias.²⁸

Benedetta Calandra, Università degli Studi di Bergamo

26 Carlos Pereda, *La Nación*, 13 de diciembre de 1975.

27 Telegrama del sindicato de obreros y empleados municipales de Cipolletti, 7 de noviembre de 1973, (Caja 22, Exp. 1463-26, Expedientes Generales, Ministerio del Interior, Archivo Intermedio del Archivo General de la Nación, en adelante EG-MI-AGN); Telegrama a Ministro del Interior enviado por un grupo de docentes arquitectos de la Universidad de Mendoza, 19 de febrero de 1974 (Caja 26, Exp. 149619, EG-MI-AGN); Carta enviada por un ciudadano de la ciudad de Concordia (Entre Ríos), al Ministerio del Interior, 28 de enero de 1974 (Caja 15, Exp. 148787, EG-MI-AGN).

28 Dirección de contacto: benedetta.calandra@unibg.it